BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

CANDIDITA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO, EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JAVIER DE BURGOS

MÚSICA DE

DON JERÓNIMO JIMÉNEZ

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
Greda, 15, bajo

1893

CANDIDITA

GRAN ARCHIVO MUSICAL Y COPISTERIA
Arregui y Arnej
Editores
GREDA 15
MADRID

Esta obra es propiedad de su autor; y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías *Biblioteca lírico-dramática* y *Teatro cómico*, de los Sres. Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CANDIDITA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO, EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JAVIER DE BURGOS

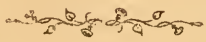
MÚSICA DE

DON JERÓNIMO JIMÉNEZ

Estrenado en el TEATRO DE APOLO la noche del 8 de Abril de 1893

Á BENEFICIO DE LA PRIMERA TIPLE CÓMICA

SEÑORITA DOÑA LUISA CAMPOS



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

36

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CÁNDIDA (18 años).....	Srta. D.ª Luisa Campos.
DOÑA MARGARITA (50).....	Sra. D.ª Pilar Vidal.
DON SILVESTRE (60).....	Sr. D. Manuel Rodríguez.
RUFINO (22).....	Emilio Mesejo.

Época actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO ÚNICO

Sala decentemente amueblada. Puertas laterales y al fondo. La primera de la derecha da á un balcón. A la izquierda velador con escribanía. A la derecha una marquesita.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARGARITA y RUFINO. Aquélla sentada en la marquesita; éste pasea muy agitado con una carta en la mano.

MARG. Nada, querido Rufino;
calma, prudencia, valor,
que no es el caso tan grave
como usted le pinta.
RUF. ¿No?
Pues pronto verán ustedes
que me sobra la razón.
No conoce usté á mi padre.
MARG. Sí, tendrá mal genio, y..
RUF. ¡Oh!
Señora, cuando él escribe
cartitas de este tenor,
es que está hidrófobo ya.
Conozco su condición.
(Lee la carta despacio y acentuando las frases.)
«Mi querido Rufinito...»
MARG. No puede empezar mejor.
RUF. Pues el principio me escama
más que la terminación.
(Leyendo.) «He sabido por conducto
»fidedigno, con rubor,
»que en vez de estudiar derecho,

608439

»para hacerte hombre de pro,
»has empezado á torcerte,
»jurándole eterno amor
»á la hija de tu patrona:
»¡perfectamente, pichón!»

MARG. ¡Pichón!

RUF. Por no decir buitre.
Esta dulzura es feroz.
(LEE.) «Calcularás el efecto
»que la nueva me causó,
»y me apresuro á avisarte,
»para tu satisfacción,
»que mañana muy temprano
»en Madrid estaré yo
»para verte, y... abrazarte,
»y... echarte la bendición.
»Adiós. Tu padre, Silvestre
»Rebento.» (DOBLANDO LA CARTA.)
¡Me reventó!

MARG. Bueno.

RUF. Malo.

MARG. No; esa carta,
lo que prueba es el error
en que su padre de usted
se encuentra en esta ocasión.
Usté ha venido á mi casa
porque le recomendó
mi sobrino...

RUF. Y aquí he sido
tratado con efusión,
no como amigo, ni huésped,
como un hijo.

MARG. Tal creo yo.

RUF. Aquí ha nacido, señora,
como usted sabe, el amor
que á su hija de usted profeso,
y á todo dispuesto estoy,
pero le temo á mi padre
y no quiero verle, no.

MARG. Pero, eso es una locura,
yo quiero una explicación
con él.

RUF. Doña Margarita,

no lo haga usted, por favor.
No hable usted con mi papá.

MARG. ¿Pero, es tan fiero el león
como le pinta usted?

RUF. Es...
es muchísimo peor.
(Aparece Cándida por el foro izquierda.)

MARG. No importa, arrostro sus iras.

RUF. Señora, por compasión.

ESCENA II

LOS MISMOS. CÁNDIDA

CÁND. (Adelantándose)
Y dice muy bien mi madre.
También las arrostro yo.

RUF. ¡Cándida!

CÁND. Estás insufrible
con ese necio temor.

RUF. Es que...

CÁND Por última vez
se va á hablar de esta cuestión.
Dentro de poco, tu padre
va á llegar, y es de rigor
recibirle dignamente.

RUF. ¡Jesús que disparatón!
Pero, ¿qué vas á hacer?

CÁND. Tengo
un proyecto superior.

RUF. Pero...

MARG. Déjela usté hablar.

RUF. (Mirando el reloj y con gran inquietud.)
¡Ay, Dios mío, y son las dos,
y ya debe estar el tren
muy cerca de la estación!

CÁND. Me alegro.

RUF. Pero, á mi padre,
¿quién va á recibirle?

CÁND. Yo.

RUF. ¿Tú? Pero, ¿sabes?..

CÁND. Omite

signos de interrogación.
Dado que tu padre llegue
furioso, amenazador,
si ve á mi madre...

RUF. Le temo,
que aunque tiene educación,
su primer pronto...

CÁND. Conforme,
y si te ve á tí, peor.

RUF. No, no; á mí no me verá.

CÁND. Por lo cual, en conclusión,
me verá á mí, que me sobra
para estos casos valor,
serenidad, diplomacia,
travesura y persuasión.

RUF. ¡Cándida!..

CÁND. No sabes tú
ni tu padre quién soy yo.

Música

Con esa cara que me pones
y ese temor tan singular,
dirá cualquiera que eres memo
ó que es un ogro tu papá.
Mas no te apures, hijo mío,
y que venga tu padre aquí;
que grite, truene y se enfurezca,
y que luego me mire á mí.
No seas tontón,
y espera al fin,
que á tu señor papá
también le haré tilín.
No seas tontín,
no seas tontón,
y fía en Candidita
á ver si vale ó no.

—

Te pido, cándido Rufino,
si amas á Cándida con fé,
que olvides tantas candideces,
porque á tu edad no sientan bien.

Valiente novio fin de siglo
me ha tocado por suerte á mí;
ya estoy muy triste y afligida,
y si sigues, me harás reir.
No seas tontón, etc., etc.

Hablado

RUF. ¡Cándida, si comprendieras
tu gran equivocación!
CÁND: ¿Sí? Pues lo dicho, tu padre
no será sordo á mi voz.
RUF. No le conoces.
CÁND. Tendré
pronto esa satisfacción.
RUF. Pero, ¿qué vas á decirle?
CÁND. Pues le diré... ¡qué sé yo!
Le hablaré... ¿tú no me has dicho
que tiene ciega afición
á las corridas de toros?
RUF. Grande; su goce mayor.
su única debilidad.
CÁND. Bien, pues ya ves que ocasión
para darle un quiebro...
RUF. Cándida,
por la virgen de la O,
no te burles.
CÁND. (En tono formal.) Lo que haré,
si dura tu obstinación,
es que termine ahora mismo
cuanto existe entre los dos.
RUF. ¿Qué dices? (Sorprendido.)
CÁND. Que lo que pasa
no me hace ningún favor.
Que tu miedo y tus palabras
me ofenden.
MARG. Tiene razón.
CÁND. Que deseo que tu padre
nos juzgue un poco mejor,
que nos conozca, y que trate
con más consideración
á *la hija de tu patrona*.

RUF. No te ofendas.
CÁND. Con él no;
pero, por tu proceder,
adquiero la convicción
de que no me quieres.
RUF. Cándida,
no me repitas, por Dios,
lo que has dicho. Yo te quiero, (Con fuego.)
te idolatro; por tu amor
soy capaz, soy capaz. . vaya,
se ha resuelto la cuestión.
Estoy decidido á todo.
Ahora verás quién yo soy.
(Muy resuelto.)
Que venga mi padre.
CÁND. ¿Sí?
RUF. Me ha llegado al corazón
lo que me has dicho; yo sólo
voy á recibirle, yo.
Que entre.
(Campanillazo dentro. Rufino corre asustado, sin saber por dónde irse.)
¡Cielos, ya está ahí!
CÁND. (Riendo.)
¡Já, já!... ¡Qué tribulación!
¿A dónde vas? Si es la chica.
MARC. Vaya un hombre de valor.
RUF. Me cogió desprevenido...
CÁND. Oye ahora con atención,
lo que has de hacer.
RUF. (Sacando el reloj.) Lo que quieras.
CÁND. No mires más el reló,
y escucha: vas á ponerte
al lado de aquel balcón,
de centinela, y en cuanto
veas doblar á tu señor
padre la esquina, sin pérdida
de tiempo, corre veloz
á avisarme: usted, mamá,
véngase á mi habitación.
(Campanillazo dentro. Rufino hace nuevo movimiento de temor.)
La muchacha se impacienta.

RUF. Oye...
CÁND. (Con gravedad cómica.)
El acto terminó.
RUF. Pero, escucha...
CÁND. No hay palabra.
Se levanta la sesión.
Punto en boca, y á hacer todo
lo que se te mande. Adiós.
(Váse por el foro derecha.)

ESCENA III

DOÑA MARGARITA y RUFINO

RUF. (Deteniendo á doña Margarita, que va á seguir á Cándida.)
Doña Margarita...
MARG. ¿Qué?
No hay que perder ocasión,
ni tiempo; cuando ella tiene
en el plan que imaginó
tanta confianza, no dude.
RUF. Si ya decidido estoy
á todo; venga en buen hora,
que me rompa el esternón.
Lo que no quiero, es que Cándida
vuelva á dudar de mi amor.
MARG. No hay padre que no se rinda.
RUF. Pronto hará usted la excepción.
El mío es un militar
que en diciendo una vez, «no
doy cuartel...»
MARG. No hay veterano
que haya ganado una acción
contra ciertos enemigos.
Mi esposo también gozó
fama de inflexible y duro,
por su genio y su tesón,
y le llamaban *el bueno*
los soldados.
RUF. Concluyó
usted, con esas palabras,

de afirmarme en mi opinión.
MARG. ¿Sí? ¿Por qué?
RUF. Porque mi padre,
el nombre que conquistó,
fué el de *el lobo*: juzgue usted
por la denominación...
MARG. Allá veremos.
RUF. Veremos,
dijo el ciego, y nunca vió.
MARG. No olvide usted que ha empeñado
ya su palabra de honor
de obedecer...
RUF. Sí, señora,
y la cumpliré.
MARG. Al balcón.
(Váse por el fondo.)

ESCENA IV

RUFINO

Ea, Rufino, á ser valiente
y á no temer, ni dudar;
es necesario arrostrar
la situación frente á frente.
¿Quién así á callar se allana?
Que lo sepa el mundo entero:
tengo novia porque quiero,
y porque me dá la gana.
(Transición.)
Estoy viendo la carita
de mi padre, hecho un Nerón.
La primera... observación,
(Acción de pegar.)
esa, nadie me la quita.
Pero no me arredra nada,
y tesón he de tener;
seguir así es ofender
á mi Cándida adorada.
Y si él sigue intransigente,
yo le leeré esta sentencia:
«¿Usted, sin la real licencia,

no se casó de teniente?
Pues yo, en uso de un derecho
que el derecho me ha enseñado,
antes de ser abogado
me caso, y á lo hecho, pecho.»
Mi discurso, si conviene,
así ha de empezar: «papá,
(Siempre mirando hacia la calle.)
en solemne ocasión...»
(Acercándose al balcón, y muy asustado.)
¡Ah!
¡Mi padre! ¡El mismo! ¡Allí viene!
¡Él és!... Y mira hacia aquí.
¡Qué cara trae!... Lo que yo
pensaba. (Corre desalentado llamando.)
¡Cándida! ¡No,
por aquí, no; por allí!
(Después de correr hacia las habitaciones de la izquierda, sin saber dónde esconderse, váse por el fondo.)

ESCENA V

Oyese llamar con fuerza á la campanilla dentro. Llaman por segunda vez, y después de un fuerte repiqueteo, voces dentro, y después de un momento, aparecen por el foro DON SILVESTRE, tipo de militar, cara de mal genio, en traje de viaje, y con una maletilla que tira sobre una silla al entrar, y CÁNDIDA de paleta, con pañuelo á la cabeza y plumero en la mano

SILV. ¡Y si tardas en abrir,
un sólo segundo más,
de un puntillón echo abajo
la puerta! ¿Lo entiendes ya?
CÁND. Perdone usté, caballero,
si le he hecho mucho esperar,
pero, estaba por ahí dentro
limpiando, y...
SILV. Bien; ven acá,
acémila.
CÁND. No, señor,
me llamo Cleta.
SILV. Es igual.

¿Y el señorito Rufino?
CÁND. Fuese á la Universidaz.
SILV. (¡Ah, no está en casa; me alegro,
daré el paso principal!)
Avisa á tu ama.
CAND. ¿A cuál ama?
¿A la señora de edaz,
ó á la señorita Cándida?
SILV. A la vieja, corre ya.
CÁND. Pues ninguna de las dos
está en casa.
SILV. ¿Que no están?
CÁND. No, señor; salieron juntas,
á poquito de almorzar,
y no han vuelto.
SILV. (Con ironía) ¡También ellas
se han ido!
CÁND. No tardaran.
SILV. Pero, ¿hoy aquí no esperaban
á un forastero?
CÁND. Quizás.
SILV. ¿No has oído decir...?
CÁND. ¿Lo qué?
SILV. (¿Se habrá por casualidad
perdido mi carta?) Pero...
CÁND. Dale con el preguntar.
Diga quién es su merced,
y vuelva y... ya las verá.
SILV. Yo no me muevo de aquí
aunque tenga que aguardar
un siglo. Yo soy, estúpida,
á ver si lo entiendes ya,
el padre de don Rufino.
CÁND. (Haciendo grandes aspavientos.)
¿Qué? ¡Vírgen del Tremedal!
¡Su padre!...
SILV. (Se asusta.)
CÁND. (Gritando.) ¡Su hijo,
el señorito!... ¡Ay, ay, ay!
SILV. (¿Qué es esto?
CÁND. (Llorando desconsolada.)
¡Ay, ay, ay!
SILV. ¿Qué tienes?

CÁND. ¿Qué tengo? Que ustez vendrá
á llevárselo... (Llorando fuerte.)
¡Ay, ay, ay!
SILV. (Pues ya caigo ¡voto á San!...
enamora á la paleta...
Esta no es mala señal.)
No te apures y contéstame
con franqueza la verdad.
¿Tú, y mi hijo?...
(Uniendo los dos dedos índices.)
CÁND. Bueno, y ¿qué es eso?
SILV. Si os entendéis, ¡voto va!...
CÁND. No nos hemos de entender...
habiendo formalidaz.
SILV. ¿Y á tí sola el señorito
te quiere?
CÁND. (Con vehemencia.)
A mí nada más.
SILV. (Estando en la misma casa
ésta hubiera... ¡Claro está!)
(Con intención.)
Escucha, ¿la hija de tu ama
tiene novio?
CÁND. Un Capitán
de la Guardia civil, pronto
creo yo que se casará.
SILV. (¡Me han engañado; respiro!)
CÁND. (Bajando los ojos y cogiendo las puntas del delantal.)
Y si no lo lleva á mal
ustez... yo también quisiera
casarme...
SILV. Te casarás.
(¡Con el demonio!)
CÁND. (Con grandes demostraciones de alegría y alzando la voz.)
¡Ay, qué gusto!
¡Qué bueno es ustez, papá!
SILV. ¿Imbécil, qué dices? ¡Calla!
CÁND. ¡Todo así se arreglará!
SILV. (Y ahora que observo, es muy linda
la muchacha; el perillán
tiene los mismos instintos
que tuvo el padre á su edad.)

CÁND. (Por la segunda de la derecha.)
Aquella es su habitación
y allí podrá descansar
mientras él llega. ¡Voy loca
de gusto!
SILV. Lárgate ya.
CÁND. ¿Señor, me dá usté un abrazo?
SILV. Sí, hija. (La abraza.)
CÁND. ¡Qué felicidaz!
SILV. Adiós.
CÁND. Déme otro apretón.
SILV. (¿A que me va á marear
esta palurda incivil?...)
Toma.
CÁND. (Gritando.) ¡Viva mi papá!
SILV. ¡Calla demonio! (¡Caramba,
y es bonita de verdad!)
CÁND. Digo, y me decía Rufino
que era ustez. . ¿cómo era?... ¡Ah!
¡Un cáribe!
SILV. ¿Eso te ha dicho?
CÁND. Y un puerco... espín, además.
SILV. (¡Ah, pillo!)
CÁND. ¡Qué mentiroso!
¡Y es ustez de mazapán!
Bendito el momento sea
en que vino por acá.
Señor, (Corriendo a él con los brazos abiertos.)
déme usté otro abrazo.
SILV. (Rechazándola.)
Basta, ya no abrazo más.
CÁND. No se incomode. ¡Ay, qué gusto,
que voy á matrimoniar
con un señor de levita!
¡Ay, qué fatigas me dán
por dentro; siento unas cosas
que no me dejan hablar,
y me suben y me bajan.
y se vienen y se van...
y tengo calor y frío,
y unas ganas de bailar,
y unas ganas...
SILV. Bueno, bueno;

bebe un vaso de agua... (¡rás!)
CÁND. Ahora mismo. ¡Qué alegría!...
Cuando lo sepan allá,
en Cogolludo, y se entere
mi madre y el tío Román
y la tía Casilda y Bruno
y la Pepa y el Colás
y el Tuerto y...
SILV. Y el moro Muza.
CÁND. El moro, se murió ya.
SILV. Me alegro. Adiós.
CÁND. Diquiá luego.
SILV. Sí, vete, déjame en paz.
CÁND. Me voy. ¡Adiós señor don...
don... qué don! ¡Adiós papá!
(Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VII

DON SILVESTRE

Pues, señor, si por desgracia
hallo aquí á mi hijo al entrar,
lo que es del primer arranque
hago una barbaridad.
Más vale que haya pasado
lo que acaba de pasar,
y que, gracias á esa simple
fregona sentimental,
me haya enterado de todo,
y no resulte verdad
lo que á Ocaña me escribieron
y tanto me ha hecho rabiar.
No sin razón yo dudaba
de la supuesta maldad
de Rufino; él tan humilde
mis planes desbaratar,
y tener novia y querer
casarse ¡qué atrocidad!
(Cambiando de tono.)
En cuanto al belén doméstico,
bien se puede disculpar.

La maritornes es guapa,
simpática y además
muy cariñosa y sensible,
y él... ¡vamos, lo natural!
(Cambio de tono.)
Cuando yo era subalterno,
no dejé de aprovechar
tampoco estas ocasiones;
llegué á ser otro don Juan
Tenorio y lo mismo que él,
«desde la Princesa real
»hasta la humilde fregona»
hembra á quien dije: «alto allá...»
¡Ay, Silvestre, qué recuerdos
tan dulcísimos y tan!...

Música

Cuántas aventuras,
cuántos devaneos,
cuántas trapisondas,
cuántos trapicheos.
Lo que yo valía
siendo capitán,
¡qué tiempos aquellos,
ya no volverán!

—

Por mi apostura,
por mi donaire,
por mi arrogante
marcialidad,
fuí siempre azote
de los maridos,
y pesadilla
de los papás.

—

Soltera incauta,
casada ó viuda,
mujer cualquiera
que pretendí,

á las dos horas
de hacerles cocos
ya estaban todas
diciendo ¡Sí!
«Que sí.»
Con el uniforme
y las simpatías,
no era nada el gancho
que yo me traía.

—

Y cuando iba á misa
con mi batallón
yo era el que llamaba
siempre la atención.
Y todas las chicas,
al verme pasar,
todas exclamaban:
«¡Ay, qué militar!»
Y yo de aquí,
¡chin, chin! (Imitando los platillos.)
Y yo de acá,
¡rá, rá! (Imitando el tambor.)
Y á Salomé
y á Trinidad
y a Fe y á Luz
y á cien mil más;
mujer que á mí
me habló una vez,
sin remisión
cayó en la red.

(Termina el «couplet» dando voces de mando: ¡Alto! ¡Descansen! ¡Firmes! ¡Au!)

Hablado

En fin, mientras llega el chico
entremos á descansar
en su habitacion; estoy
molido. ¡Ay, Silvestre! ¡Ya
te llama el cuartel de inválidos!

Estoy hecho un carcamal.
(Se dirige á la segunda habitación de la izquierda. Suena un campanillazo dentro.)
Adentro. A ver... Me parece
que han llamado. ¿Si será?..

ESCENA VIII

SILVESTRE, CÁNDIDA, de vieja, con mantilla, peluca blanca de rizos y gafas ó quevedos azules, aparece por el foro. Este personaje habla siempre muy de prisa

CÁND. Buenas tardes. Servidora.
Igualmente, gracias.
SILV. (Sorprendido.) ¿Eh?
CÁND. (Sentándose en la marquesita.)
Con el permiso de usté.
SILV. (¿Si será el ama?) Señora...
CÁND. Dispense usted si me atrevo...
sin saber... como veo poco,
y... pero no me equivoco:
usted es pupilo nuevo.
Yo no le he visto á usté aquí
nunca. ¿Es usted forastero?
SILV. Señora, yo...
CÁND. Caballero,
¿me conoce usted á mí?
¿No sabe usted quién soy yo?
Ya le han debido contar
lo que yo vengo á buscar.
¿No se lo han dicho á usted? ¿No?
De cólera me confundo
siempre que entro en esta casa.
Pero, hombre, si lo que pasa
lo sabe ya todo el mundo.
SILV. (¡Caracoles!)
CÁND. Yo soy Pura.
SILV. ¿Qué?
CAND. Doña Pura Poniente,
la viuda del Intendente.
Sabrá usted ya la aventura,
y se está haciendo el chiquito;

pero es en vano fingir;
dígame usted, sin mentir,
¿está en casa Rufinito?
Usted lo debe saber;
no puede usted ignorarlo,
y como intente ocultarlo
le voy á comprometer.
De razones y bondades
hoy es el último día,
porque mañana, á fe mía,
rompo las hostilidades,
como lo exige ¡pardiez!
nuestro honor acrisolado.
Ya le he dicho á mi abogado
que me lo ponga ante un Juez,
y se lo vengo á advertir
y no se me hará de nuevas;
tengo muchísimos pruebas,
y va á tener que sentir.
Y no espere que yo ceje,
porque si la cosa empieza
va á un presidio de cabeza,
y luego que no se queje.
Ya resuelta á todo estoy,
y á perderle me decido,
y yo sé lo que yo he sido,
y yo sé lo que yo soy
y yo sé lo que seré.

SILV. (Enfurecido, atajándola.)
Y yo sé, y no me equivoco,
que me voy á volver loco
como no se explique usté.

CÁND. Pero ¿usted no sabe?..

SILV. Nada.
Si yo acabo de llegar.

CÁND. ¡Ay! Pues le voy á contar
una historia desgraciada:
Caballero, yo vivía
en paz, con mi niña Paz,
en la calle de la Paz...

SILV. (¡Caramba, qué letanía!)

CÁND. Cuando en funesta ocasión,
obra del diablo maldito,

vió mi hija á ese señorito,
que es hoy nuestra perdición.

SILV. (¡Otro enredo! ¡Satanás!)

CÁND. Mi niña era candorosa,
pura y limpia y primorosa,
y... no le digo á usted más.
El niño le hizo unos guiños...
las niñas, que no son piñas...

SILV. ¡Sí, las cosas de las niñas!

CÁND. ¡No, las cosas de los niños! (Furiosa.)
Pues tanto y tanto incremento
aquel asunto tomó,
que él una noche la dió
palabra de casamiento.

SILV. (¡Ah pillete! ¡Ya verás!)

CÁND. Para dar fin al asunto,
la cosa se puso en punto,
y no le digo á usted más.
Pues bien, cuando más amante
Rufinito parecía,
diciendo: «¡Adiós, vida mía!»
desapareció el tunante.
Hay cosas que no se explican;
pero nada hay que temer;
mi hija tiene en su poder
cartas que le perjudican,
y aunque tenga que ir detrás
de él hasta el fin de la tierra,
se casa con Paz, ó guerra,
y... no le digo á usted más.

SILV. (¡Por vida del señorito!)
(Saca una caja de rapé y le ofrece un polvito.)

CÁND. Si es amigo verdadero
de ese... infame, caballero,
háblele usté á Rufinito.
Porque á mí no se me engaña,
y ya mañana...

SILV. (Esta noche
le meto dentro de un coche,
y no sale más de Ocaña.)
Bien, pues á mi cargo queda
aconsejarle, y confío...

CÁND. ¡Ay! ¿De veras, señor mío?

SILV. Yo haré todo lo que pueda.
CÁND. ¡Qué sentimientos tan buenos!
Su cara de usted no miente:
si no es persona decente,
lo parece por lo menos.
(Silvestre hace un movimiento de ira.)
Salve usté de esa manera
á mi desgraciada niña,
que ya está como una viña
que le entra la *filoxera*.
Yo no olvidaré jamás
este favor que consigo,
cuente usted siempre conmigo,
y... no le digo á usté más. (Se levanta.)
Conque... me repito... Pura
Poniente, Paz, veintidós,
tercero. ¡Gracias á Dios
que alguien me apoya, y censura
lo que ha hecho ese Barrabás.
Soy de usté una servidora,
y eternamente... (Yéndose.)
SILV. (Desesperado.) ¡Señora!
CÁND. Bien, gracias, no hablemos más.
(Vase por el foro.)

ESCENA IX

SILVESTRE

¡El demonio de la vieja!
¡Jesús, y qué algarabía!
Estallo como una bomba
si dura más la visita.
¿Y Rufinito? Ahora veo
que no en balde me decian
tanto de él. ¡Pues no son líos
los del tal hipocritilla!
Palabras de casamiento,
belenes con las criaditas,
¿qué diablos ha de estudiar,
dedicado á hacer conquistas,
sin ver más libros de texto

que las muchachas bonitas?
¡Vaya si promete el mozo
que de este modo principia!
Sale á su padre, eso sí,
pero, son muchas salidas.
Yo le apagaré los fuegos;
yo le leeré la cartilla
de amor, ya estoy deseando
echarle la vista encima.
Vamos á su habitación.
(Coge la maleta y entra en la segunda habitación de la derecha.)

ESCENA X

RUFINO aparece por el foro después de una pausa; se adelanta de puntillas hasta en medio de la escena y se acerca despacito hacia el lado por donde se fué DON SILVESTRE. Después DOÑA MARGARITA

RUF. Ha entrado en la alcoba mía.
Venga usted. (Sale doña Margarita.)
Tengo más miedo
que una liebre perseguida.
MARG. Pues, yo no, porque después
de esta broma inocentísima
que tantas veces he visto
en el teatro repetida,
he de lograr que corone
el éxito mi visita.
RUF. ¡Ay! (Con miedo y queriendo huir.)
MARG. ¿Qué le pasa á usted?
RUF. Nada;
nada, que creí que salía.
MARG. Cálmese usted.
RUF. Cuando sepa
mi padre que ha sido víctima
de esta farsa...
MARG. Se reirá.
RUF. Sí, ya verá usted qué risa.
MARG. Cuando sepa el apellido
glorioso que lleva mi hija,

es fácil que modifique
sus proyectos y sus iras.
Si ha conocido á mi esposo,
como asegurar podría,
y es un militar honrado
que gloria y valor estima,
á *su patrona de usted*,
como él dice, hará justicia.

RUF. Pero, Señor, ¿que no tenga (Con ira.)
yo nunca coraje y fibras,
para atreverme una vez
con el autor de mis días?

MARG. Hoy no hace falta, Rufino.
Vaya, pasemos aprisa
á la habitación aquella
(Por la primera de la izquierda.)
á ver la última entrevista
de su papá de usté y Cándida,
que ha de ser muy divertida.

RUF. Si yo estuviera tranquilo,
bien que me divertiría.
¡Qué talento el de mi Cándida,
qué gracia, Dios la bendiga!

MARG. ¡Es un diablillo!

RUF. En el mundo
no hay quien con ella compita.
¿Y qué nueva farsa hará?

MARG. Lo hemos de ver en seguida
escondidos allí. Vamos.

RUF. Por Dios, doña Margarita.

MARG. ¿Qué pasa?

RUF. Que no haga usted
tanto ruido... De puntillas.
(Entran en la primera de la izquierda y corren el portier.)

ESCENA XI

Suena la campanilla dentro. Después de una pausa, nuevo campanillazo, y cruza la escena muy deprisa desde la segunda de la izquierda al foro una contrafigura de la CÁNDIDA, tal cual apareció en su primer papel de paleta, con el plumero en la mano. (Hágase esto lo mejor posible para el efecto que se desea.) DON SILVESTRE y después CANDIDA por el foro, vestida al uso de los toreros de calle, con coleta. Este personaje es andaluz

SILV. (Saliendo de la segunda de la derecha.)
Pero, señor, ¿está sorda
esa muchacha maldita? (Llamando.)
¡Cleta!... ¡Por vida de!... ¡Cleta!...
¿Se habrá quedado dormida?
(Se dirige al fondo.)
¿Tendré que abrir yo? ¡Muchacha!
¿Dónde estará la cocina?
(Va á entrar y aparece Cándida.)
Voy á ver..

CÁND. Mu güenas tardes.

SILV. Felices. (¿Otra visita?)

CÁND. ¿Sabe usté si está envisible
don Rufino? (Bajando al proscenio.)

SILV. ¡Buena pinta
tiene el muchacho.! Adelante.
¿Qué es lo que se le ofrecía
á usté?

CÁND. Pues una doméstica
me ha dicho que me darían
aquí dentro razón de él.
¿Está en casa?

SILV. No.

CÁND. (Contrariada.) ¡Por vía!...

SILV. Pero, no tardará; en tanto,
yo puedo darle noticias...

CÁND. Pues yo busco á don Rufino,
ó á arguno de su familia.
¿Le toca usté argo á ese moso?

SILV. Sí. (No demos una pifia.)
Yo soy... su tío.

CÁND. ¿Su tío?

Malegro que me reciba
usté en lugar de su esposa.

SILV. ¿Por qué?

CÁND. Porque yo traía
una cosa, que no es cosa
pa contársela á su tía.
(De pronto y con rabia.)
Lástima de volapié.

SILV. ¿Qué?

CÁND. Nada; son cosas mías
interiores, que uno piensa
sin saber cómo decirlas,
y que se van por la mui.

SILV. ¿Por dónde?

CÁND. Por la puntita.

SILV. No entiendo.

CÁND. Pues yo me llamo
Rafael Jiménez... La ardilla.
Ahijao del primer torero
de esta época, de la antigua
y de los siglos futuros.

SILV. Basta: de Rafael Molina
Lagartijo.

CÁND. (Con alegría dándole la mano, y en señal de asentimiento.)
¡Olé!

SILV. Pues ya
para mí no necesita
usted recomendación.

CÁND. Me sacará en su cuadrilla
este año, que será el último
que luzca su presonita
en el redondel.

SILV. Verdad.
Por cierto que la noticia
me tiene de mal humor.

CÁND. Y á tóo el hombre que distinga.
¡Si pa que eso no pasara
debían hacer rogativas!

SILV. Tienes razón.

CÁND. Ya lo creo.
Verá usté la que se lía.
Por cáa pelo é su coleta

va á habé más broncas y riñas,
que si á la puerta del Banco
repartieran moncillas
de cinco duros, de aquellas
que dicen que antes había.

SILV. ¡Como que es un torerazo (Entusiasmado.)
que honra al arte!

CÁND. Esa es la fija.
Cuando sale á hacé er paseo,
no hay estampa más legítima.
(Imita en la descripción las suertes que va marcando.)
Y ar quite no hay capa arguna
mejó que la que él arrima,
y en verónicas y largas
con un toro que se engría,
que lo dejen á él solito.
Y poniendo banderillas
¡la mar! Y aluego que coge
estoque y muleta y brinda,
y con cuatro naturales
y dos de pecho, cerquita,
se quié tirá, por derecho,
cuando quié tirarse, y pincha,..
se mete y... hasta los deos:
eso es lo que hace Molina.

SILV. Eso, bravo; tú lo entiendes.

CÁND. ¡Y viva Córdoba!

SILV. (Entusiasmado.) ¡Viva!

Música

CÁND. La persona que no tiene
á los toros afición,
ni es buen hijo,
ni es buen padre,
ni es honrao,
ni español.

SILV. Tiene usted, tiene usted, mucha razón,
pero mucha, muchísima razón.

CÁND. Busquen cosas en el mundo
que se puedan comparar,
ni que vargan lo que vale
nuestra fiesta nacional.

SILV. Dice usted mucha verdad,
pero mucha, muchísima verdad.

CÁND. Una plasa é toros
rebosando gente,
un cielo mu claro
y un sol mu caliente,
veinte mil colores
mucha gritería,
y las caras todas
llenas de alegría.
Eso, caballero,
desde el redondé
eso es una cosa
que es lo que hay que vé.
Y cuando uno sale
ya con los avíos
y le toca un toro
claro y de trapío
que á los cuatro pases
se le está cuadrando
y hay buena fortuna
pa cogé los blandos,
¡vaya! mi montera
no la cambio yo
ni por la corona
de un emperaor.

SILV, ¡Olé, por la sangre
que te ha dado Dios!
vas á ser orgullo
de tu mataor.
¡Olé!

CÁND. Mientras el mundo sea mundo
viva la gente torera,
y que se muera de ducas
toito aquel que no la quiera.
El vino, para beberlo,
el dinero, pá gastarlo,
las mujeres, pá quererlas,
y los toros, pá matarlos.
Y dale que dale,
que toma, que daca,
sal de ese marrajo
con un mete y saca.

Y tén mucha vista
que el bicho está huío
y busca las tablas
pá hasé un desavío.
Abájale el trapo,
que agache el testuz,
tén pulso y atiza.
¡Bé! Le diste en la cruz.

(Cándida balla.)

SILV. Que viva la gracia
del suelo andaluz.
Me gusta este chico,
que vale un Perú.
Que viva el que tenga,
lo mismo que yo,
la sangre torera
que tiene el gachó.
Etc., etc.

Hablado

CÁND. Pues señó, yó siento mucho,
pó er móo conque usté se explica,
que siendo usté aficionao
y amigo tan de veritas
del maestro, tenga la esgracia
y la mala sombra encima
de ser tío é su sobrino.

SILV. (Sorprendido y con disgusto.)
(¿Otra nueva picardía
de Rufino?) ¿Pues qué pasa?

CÁND. Voy á esírselo en seguida.
Tengo una hermana, señó,
que es la mosa más bonita
y de más gracia y más rumbo
que ha salío de Sevilla.
Son sus ojos... de azabache,
seda el pelo que se riza,
su boca un niito é perlas,
rosas de Abril, sus mejillas.
Tiene un pié que es un embuste,
y una mano chiquitita,
y un aire... que er que se aserca

un poquito... se constipa.
Del barrio de San Bernardo
le llamaban la perlita,
y era el orgullo é su tierra
y la honra de su familia.
A Madrí, por su desgrasia,
se vino en mi compañía,
pá pasá una temporada
aquí en casa de una prima,
cuando he sabío, señó,
que hace un mes la pobre niña
vió á su sobrino de usté,
que por sierto paese un lila,
y él le dijo dos tonteras,
y la tonta é la chiquilla,
como él paese tonto... en fin,
que no quieo más tonterías.
La cosa ha dao ya que hablá
y no hay más alternativa,
que... ó se casa su sobrino
ó yo le doy la puntilla.

SILV. (¡Voto á cien mil de á caballo,
ya los nervios se me crispan
de ver lo que hace ese tuno!
¡Si le cojo, le hago trizas!)

CÁND. Yo siento el disgusto, pero...

SILV. No, si usté pide en justicia.
¡Rufino es un pillo!

CÁND. Todo
se arregla, si ella lo pilla.

SILV. Vuelva usté mañana y chito.

CÁND. No diré esta boca es mía.
Prometo brindarle á usté
el primer pá é banderillas
que ponga en Madrid.

SILV. ¿De veras?

CÁND. Mi palabra es una firma.
Conque voy corriendo á darle
á mi hermana la notisia.
Ya sabe usté, caballero:
Rafael Jiménez, *la ardilla*,
su amigo y su servior
aquí como en Filipinas.

Que no me deje usté er bicho
á la mitá de la lidia;
castigo con la muleta
y trapo hasta que se rinda.
(Medio mutis, después de despedirse dando la mano á don Silvestre.)
¡Ah! Toledo, ochenta y uno,
cuarto cuarto; hasta la vista. (Vase.)

ESCENA XII

DON SILVESTRE, después DOÑA MARGARITA

SILV. Pues, señor, valiente niño
me ha dado Dios. ¡Voto á cribas!
¿Y qué hacer? Primeramente
arrimarle una paliza,
y después... después á Ocaña,
y yo haré que se corrija.
MARG. (Saliendo por la derecha.)
Caballero, buenas tardes.
SILV. Señora... (¿Será otro lío?)
MARG. Con viva satisfacción,
por la criada he sabido
que estaba honrando mi casa
el padre de Rufinito.
SILV. ¡Ah, ya! ¿Es usted la patrona?
MARG. Caballero, no es el título
que me corresponde.
SILV. ¿Qué?
MARG. Que no es casa de pupilos
esta, y si su hijo de usted
con nosotros ha vivido,
más que huésped, en mi casa
le he considerado un hijo.
SILV. Gracias, pero no sabía... (Molesto.)
MARG. Vive aquí con mi sobrino,
que es en la Universidad
su compañero más íntimo,
y como Rufino es bueno...
SILV. (Sin poderse contener.)

¿Cómo bueno? ¡Un cocodrilo!
¡Un demonio! Un...

MARG. ¡Caballero!

SILV. Sí, señora; y le suplico
que dejemos ese asunto,
porque yo soy algo vivo
de genio, y me exalto pronto.
Estoy hecho un basilisco,
y no quiero que la lengua
se me vaya: he concluído.
¡Por vida de...!

MARG. ¡Já, já, já! (Riendo con naturalidad.)
Tiene usted el genio mismo
que mi esposo; él también era
un militar brusco y díscolo...
y...

SILV. ¡Señora!... (Ofendido.)

MARG. Y, sin embargo,
con un corazón de niño.

SILV. ¿Su esposo fué militar?

MARG. Y de nombre esclarecido.

SILV. ¿Murió?

MARG. En la guerra del Norte,
pagando bien caro un triunfo.

SILV. ¿Se llamaba...?

MARG. (Con gravedad.) El coronel
don Alfonso de Treviño.

SILV. (Con gran sorpresa.)
¿Qué oigo? Señora, aquel hombre,
valiente...

MARG. Fué mi marido.

SILV. (Disculpándose con respeto.)
Señora.. perdone usted
lo inconveniente que he sido.
No sabe usted los recuerdos
que en mí despierta, queridos,
aquella lucha y el nombre
de un jefe de los más dignos.
Yo era teniente; á mi lado
cayó mortalmente herido.
Como un padre me quería.
¡Pobre coronel Treviño!...

MARG. (Con sorpresa y tristemente.)

¿Qué dice usted?

SILV. Sí, señora.

MARG. ¡Qué casualidad, Dios mío! (Breve pausa.)

SILV. En fin, no hay por qué afligirse.
Yo, al revés, me regocijo
de este afortunado encuentro
para ofrecerme solícito
á usted y á su hija de usted.

MARG. Volvamos á hablar de su hijo.

SILV. ¿De mi hijo? Usted disimule,
pero callarlo es delito.
Me escribieron que á casarse
estaba comprometido
con la hija de la patrona
de su casa de pupilos.

MARG. ¡Ah, ya!

SILV. Me puse furioso,
la verdad; tomé el camino
hoy, y apenas he llegado,
con gran vergüenza he sabido
que mi hijo, en vez de estudiar,
anda en belenes indignos.

MARG. ¡Es posible!...

SILV. Y tan posible.
¡Oh dicha, si hubiera sido
verdad lo que me dijeron,
y hubiera encontrado al chico,
no enamorado, casado
con su hija de usted!

MARG. ¡Dios mío!

SILV. ¡Qué más gloria para él
que llevar un apellido
su esposa, que honra á la patria!
Lo siento como lo digo.

MARG. ¿De veras? (Con intención.)

SILV. ¿Cómo de veras?
Con toda el alma lo afirmo.

MARG. Pues Dios quiere concederle,
si es sincero cuanto ha dicho,
el placer de hacer felices
á esa huérfana y á su hijo.

SILV. ¿Qué dice usted?

MARG. Don Silvestre,

todo cuanto usted ha visto,
ha sido una estratagema
de mi hija, que es un diablillo.

SILV. No entiendo...

MARG. En pocas palabras,
de sus labios va usté á oirlo.

SILV. Su hija...

MARG. Candidita, ven; (Llamando.)
el indulto has conseguido.

SILV. ¿Y se llama Candidita?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. CÁNDIDA y RUFINO, por la izquierda

CÁND. } (Acercándose á don Silvestre, con la cabeza baja.)
RUF. } ¡Señor!...

SILV. ¿Se me ha ido el juicio?

CÁND. No; pero ha perdido usted
esta batalla conmigo.
Yo soy la autora de toda
la farsa que usted ha visto.
Y le ha tendido este lazo
quien le quiere y le respeta...

SILV. Esa voz...

CÁND. Soy la paleta:
¿quiere usted darme un abrazo?

SILV. ¿Eh? ¡Ni el mismo Barrabás!

CÁND. No dude usted ya de nada:
«yo soy la mamá burlada,
y no le digo á usted más.»

SILV. ¡Si lo veo y no lo creo!

CÁND. «Pues es muy fási de vé,
y si se quié convesé,
vamos á hablá der toreo.»

SILV. ¡Qué gracia!

CÁND Pido perdón,
si mi broma le ha ofendido.

SILV. Nada, hija, tú me has vencido.
General absolución.

(Muestra de alegría en todos. Doña Margarita y don Silvestre se dan las manos con efusión.)

RUF. ¡Padre!
SILV. ¡Todos contra mí!
CÁND. Perdone cuanto hemos hecho.
SILV. ¿Otra? Si estoy satisfecho
con una derrota así.

Música

CÁND. (Al público.)
La farsa aquí
ya se acabó,
y solamente aguardo
que otorgues tu perdón.

TELÓN

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Gutenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.ª, Infantas, 18; Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Faquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.

Habana: Manuel Durán, Oficios, 40.

Buenos Aires: Landeira y Comp.ª, Libertad, 16.

ARCHIVO MUSICAL

Se facilita en venta y alquiler todo el repertorio de zarzuelas y óperas para grande y pequeña orquesta,

Greda, 15, bajo